mos en la inacción estamos expuestos a amanecer cualquier día en una situación peligrosísima, el mundo libre debiera explotar ahora a fondo las dificultades en que se encuentra el bloque bolchevique. En el terreno político y económico debiéramos asestar al adversario, momentáneamente vacilante, el golpe que lo dejara fuera de combate. Y es que no es la coexistencia lo que nos permitirá ganar la paz. Esta sólo la conseguiremos eliminando de verdad el peligro y cortando de raíz los designios de revolución mundial.

En este aspecto, el mundo libre haría bien en no dar oídos a las soflamas de nuestros políticos pretendidos "expertos", que, desde hace años, se vienen caracterizando por su ceguera y su obstinada manía de equivocarse cada vez que abren la boca. Más bien necesitaríamos prestar oídos a la voz del único estadista que posee la N. A. T. O., la del canciller Adenauer. El Jefe del Estado alemán—que en las grandes cuestiones siempre está de acuerdo con el Generalísimo Franco—, al llegar a Campino (Roma), el día 1 de julio, declaró, una vez más, que, frente al bloque soviético, sólo es admisible una política de fuerza y energía. Vemos, pues, que el gran anciano de Colonia ha tenido, una vez más, la valentía de decir lo que es impopular, pero que es la verdad. Esperemos que, al fin, se escuchará su voz.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

UN VOCABULARIO "AUDIOVISUAL"

Causa profunda sorpresa para los que a diario trabajamos en materia de relación cultural y educativa el casi total abandono del bautismo en lengua castellana de las palabras técnicas, de los nombres de cosas, instrumentos o medios, que son cuerpo de tales actuaciones. ¿Qué podrá hacer el técnico, el especialista aislado, ante el aluvión de términos de raíz sajona, gala o de otras procedencias, que se le entran por todas las rendijas de los procesos, de las máquinas, de los elementos manejados a diario? ¿Deberá aceptar, sin más, el vocablo exterior, fomentar su difusión, contribuyendo con su esfuerzo aislado a la dispersión del idioma castellano? ¿Deberá, caprichosamente, individualmente, siguiendo los dictados de su capricho, de su comodidad, de su exclusiva forma-

ción cultural, traducir estos términos para hacerse entender mejor o peor?

Si en cualquier actividad de nuestro tiempo, y muy especialmente en las que suponen adecuación de ciencia aplicada, el problema es grave, urgente y presente, y para atender al mismo las Academias de la Lengua llaman a su seno especialistas que velen por la unidad, pureza y discreción de la terminología científica, piénsese si no será necesario atender también, con especial cariño e intensidad, a la recta formación de un vocabulario castellano que sancione de manera universal, por y para todos los hispanohablantes, el caudal de palabras que tienen precisión de utilizar a diario los que dirigen, realizan y sirven la difusión cultural, la educación fundamental, la relación especializada, a través de vehículos "más allá—o más acá—del libro y junto al libro"; a través de eso que hemos venido en llamar—y aquí surge el primer vocablo de resuelta cacofonía—lo "audiovisual".

Si para la difusión de la cultura, de la civilización, de la relación social, del progreso, el papel y la imprenta supusieron una revolución cardinal, en nuestros días el avance técnico ha situado, junto al papel impreso, medios de difusión y comunicación que, muchas veces, superan la importancia de aquél. Pensemos en la decisiva aportación que, para la cultura y la educación, suponen estas palabras que bautizan hechos, procesos o instrumentos: gramófono (o *tocadiscos*, o *pick-up)*; magnetofón (o *magnetófono*, o *grabador*, o *cintáfono*, etc.); dictáfono; impresor-lector (de *hilo*, de *cinta*, de *magnético)*; *la radio* o *el radio*; transparencias (o *traslúcidos*, o *diapositivas*, o *slides)*, y también *filminas*, *film-strips*; el *cine* y la televisión (o *video)*, etc.

Y el vocabulario que estos rótulos comprenden en su vida y funcionamiento no sólo es inmenso por lo ya conocido; cada día crece, como crece la vida de la invención. Recientemente leíamos dos libros sobre técnica cinematográfica, impresos los dos en países hispanohablantes: uno en Méjico y otro en Argentina. No sólo el casi 100 por 100 de los términos utilizados eran ajenos al lenguaje castellano; lo peor fué que las mismas cosas o procesos se llamaban de distinta forma, se bautizaban con palabras extranjeras distintas, tomadas de un conjunto de dos o tres idiomas. Se repetía, una vez más—ampliada aquí—, la tremenda observación de Dámaso Alonso, aparecida, por cierto, en recientes páginas de esta revista, sobre las dos grandes áreas de fragmentación del castellano: la de influencia anglosajona y la de influencia galicista.

Ante la presencia de términos que surgen constantemente, y que

son difícilmente digeridos por nuestra lengua, como actualmente los de *cinemascope* o *travelling* (inexacto hasta en su significado originario), *sincronizado, doblaje, audial* y la gama de derivados de las distintas combinaciones sonoras de audición, afortunadamente apoyadas en raíces clásicas, como estereofonía, monofonía, diafonía o multifonía, ¿no parece urgente que los encargados de velar por la unidad y dignidad del idioma adopten medidas claras, universales, que eliminen toda confusión? ¿Se puede difundir cultura hispánica, se puede educar "audiovisualmente", con el terrible lastre de no disponer de un vocabulario inteligible para todos, ni siquera único, ni siquiera exacto, ni siquiera eufónico, no acordado a nuestra lengua, feo e infiel a los mismos idiomas de donde se mal roban sus términos?

Citemos otra vez a Dámaso Alonso en el curso de la magnífica oración pronunciada en el seno del II Congreso de Academias de la Lengua Española: "... Lucharemos por tratar de impedir que, cuando otro producto o invento nuevo llegue a la comunidad, se fragmente su denominación desde un principio..." Para ello propone el ilustre académico la creación de "un servicio de urgencia y atenta vigilancia", a fin de que el vocabulario sea siempre uno y común para todos los pueblos, para todos los hombres que usan la lengua castellana.

Y con la anarquía hoy existente, ¿no será posible adoptar medidas, planes, normas para salir del caos terminológico reinante? Hoy los técnicos, los especialistas, los que trabajan a diario y conforman esta materia *audiovisual* del *cine,* de la *radio,* de la televisión, sienten rubor de oficiantes de una liturgia expresada con palabras oscuras, indecisas, ininteligibles. Les parece que manchan el sonido y la imagen de la lengua al difundirla por la imagen y por el sonido. ¿Se puede divulgar la belleza y riqueza del mundo hispánico, la gravedad de una catedral, la frescura y regalo de un paisaje, la colmena esperanzadora de una fábrica... con *slides,* por el *video,* en *cinemascope?* ¿Se nos quebrará la voz melódica de un oratorio de Muñoz Molleda, el acento hondo y supremo de la música de Falla, si la divulgamos con *tapes* por medio de *recordings* o *montándola* en un *play-back?*

Sí; extraña y desoladora liturgia la de hablar y ser oídos, ver y ser contemplados, a través del bautismo extraño y plural, disperso, no universal, de vocablos sin eufonía, sin cadencia y sin ortografía castellana. Quizá, puesto que de liturgia se trata, debamos volver el recuerdo y la inclinación al buen latín y al buen griego, cuyo maravilloso don de abuelos y padres de nuestra len-

gua, con sus mil recursos de viejos sabedores, nos devuelvan al buen camino de lo *fónico*, de lo *fotográfico*, del alfabeto y del abecedario.

MANUEL ORGAZ

CASTILLO DE CUELLAR (1)

Cuéllar es uno de los pueblos más antiguos de España. Atalaya de Segovia, de Olmedo y de otra parte de Iscar, Cuéllar desempeña un papel importante en la historia de Castilla. Su fortaleza, colocada en lo alto de un cerrito, domina un paisaje de llanuras polvorientas, en contraste con un mar azulado y verdoso de pinares inmensos.

Cuéllar, en la confluencia de muchos caminos, encrucijada de las horas difíciles de la unidad de Castilla, conserva en sus calles, en sus iglesias, en su fortaleza una amalgama de barbarie y elegancia.

Quizá la clave de su existencia la dé la propia arquitectura de su castillo. Un exterior tétrico de baluarte inexpugnable y un interior suntuoso, palaciego, más que mansión de señor feudal.

Cuéllar es el escenario fabuloso, austero y polvoriento como sus campos, resplandeciente y lujoso como el señorío a que perteneció, en donde las pasiones agitan a los hombres, los enardecen y los igualan.

Señorío de un privado, es cárcel de una reina, tálamo de unas falsas bodas reales, aposento de desterrados.

Los muros de su fortaleza encierran un palacio. La austeridad de su aspecto exterior contrasta con el estilo gótico, con adiciones mudéjares, propio del siglo XV, en que lo rehace don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque.

De planta cuadrilonga, sus ángulos lo cierran tres torres cilíndricas y una cuadrada. Un revellín defiende la fortaleza por el lado de la villa; un foso amurallado, por los restantes lados.

El portón de ingreso está formado por un arco arábigo peraltado sobre los garitones. Los lienzos, guarnecidos de primorosos matacanes y almenas con bolas, el situado al Norte, y el situado al Sur,

(1) Del libro, próximo a publicarse, *La ruta de los castillos segovianos.*